

ADA LOVELACE



DESCIFRA EL CÓDIGO

DESTINO

NIÑAS
REBELDES.

NIÑAS
REBELDES.

ADA LOVELACE



DESCIFRA EL CÓDIGO

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2020
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Ada Lovelace cracks the code*

© Timbuktu Labs, Inc., 2019

© de las actividades: Wogrammers, 2019

Traducción de Carlos Díaz Romero

Texto de Corinne Purtill

Ilustraciones de cubierta e interior de Marina Muun

Lettering de la cubierta de Monique Aimee y Anilú Zavala

© 2020, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

© de esta edición: Editorial Planeta S. A., 2020

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: marzo de 2020

ISBN: 978-84-08-22529-4

Depósito legal: B. 2.539-2020

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



CAPÍTULO UNO

Ada caminó sigilosamente por la jungla, pisando con tal ligereza que sus zapatos no hacían ningún ruido. Durante semanas, un temible tigre había acechado entre las villas cercanas. Había devorado a algunas personas de la manera más horrible. Y ahora ella, la más valiente cazadora...

No, cazadora no es la palabra apropiada. No quería hacerle daño al tigre.

Ella, la más valiente domadora de tigres (sí, eso sonaba mucho mejor) se ganaría la amistad del animal y lo convencería para que dejara de comer personas. Tal vez hasta podría persuadirlo de vivir con ella como su mascota. Reunió todo su valor, caminó hacia el claro y levantó las manos.

—¡Te tengo! —gritó Ada, cayendo de una voltereta sobre el cojín en el que su gata, Señora





Puff, dormía cómodamente la siesta bajo un rayo de luz de sol. Ada ignoró los maullidos de irritación de *Señora Puff* y acurrucó su cara sobre el blanco y suave pelaje de la gata.

Augusta Ada Byron tenía ocho años de edad. Vivía en una enorme casa justo a las afueras de Londres. Era una buena casa, con una sala para sus lecciones y una gran escalinata con un gigantesco salón, cuyas paredes hacían un tremendo eco si alguien se ponía de pie en el escalón más alto y cantaba con fuerza. A veces le gustaba imaginar que la cocina era una guarida de brujas llena de calderos burbujeantes mientras se carcajeaba consigo misma (lo que hacía que el cocinero le gritara y su madre se enfadara mucho). Tristemente, las cosas más interesantes de hacer y las cosas por las que la regañaban eran, muy a menudo, las mismas.

No es que Ada quisiera ser traviesa. Intentaba ser una niña buena. Quería complacer a mamá y a su tutora, la señorita Lamont, que tocaba el piano y tenía un adorable acento irlandés. Pero Ada tenía

tanta energía que quedarse quieta era simplemente imposible para ella. Un día, mordió a una criada que la había regañado, y después mordió el pasamanos de madera cuando la enviaron a sentarse en la escalera.

Por desgracia, ese fue el final de la señorita Lamont. Desde entonces, Ada empezó a recibir sus lecciones por parte de una serie de tutores muy estrictos. Eran buenos para convertir niñas en señoritas, supuso, pero para nada más.

—¡Señorita Byron!

Ada dio un brinco, mientras que *Puff* saltó de su regazo y salió corriendo por el pasillo. Todos los tutores parecían saber con exactitud cuándo había desviado su atención hacia otras cosas. Ada buscó celosamente a *Puff*, y entonces se dio prisa en volver a la sala de estudio. Miró la agenda que madame había escrito en la pizarra: geografía, música, francés, matemáticas, italiano... Quince minutos cada una hasta acabar la jornada de trabajo.

Ada se sintió feliz al ver geografía y música en la

agenda del día, pero no le ocurrió lo mismo con las matemáticas. ¿Cómo podía disfrutar alguien de un tema sin imágenes? La geografía, por otra parte, era excelente para crear historias.

—Noruega es un país escandinavo con una línea costera escarpada y olas muy altas, de diecisiete metros...

—¿Cómo se forman las olas, madame? —la interrumpió Ada.

—Silencio —replicó madame con severidad—. El mar noruego es...

—¿Las olas serían más altas que nuestra casa?

—¿Cómo dices?

—Las olas. El jardinero dice que ese bonito árbol frente a nuestra casa tiene quince metros de altura y el árbol es más alto que el techo de la casa. Entonces, las olas en Noruega serían más altas que esta, *n'est-ce pas?* ¿Es eso correcto? —Ada miró por la ventana e imaginó el mar extendiéndose por el patio. El agua chocaba contra el vidrio como si ella fuera un pez dentro de una pecera.

Madame suspiró con frustración y cerró los ojos. Hacía eso a menudo durante las lecciones de geografía. «La geografía debe de darle sueño», pensó Ada.

Ada recorrió el globo terráqueo con un dedo y se detuvo en Grecia. Las islas griegas parecían nubes separándose para revelar un trozo de cielo claro y azul.

Su padre vivía en Grecia. Mamá le había dicho eso la última vez que preguntó dónde estaba su padre. Después de eso, la boca de lady Annabella Byron se puso tensa, lo que significaba que Ada no debía hacer más preguntas al respecto.

Ada no recordaba haber conocido a su padre, aunque su madre decía que lo había hecho. Conservaba los regalos que él le había enviado: un anillo, un relicario y una pequeña imagen de Italia.

Sabía que era poeta, y para Ada eso sonaba aburrido. Todos los libros de poesía que había leído estaban llenos de rimas insípidas sobre niños que sentían paz y bienestar porque escuchaban a

sus padres. A Ada le resultaba difícil imaginar a cualquier niño que fuera así.

En vez de eso, decidió que su padre era un famoso capitán de barco. Eso explicaría por qué vivía en un país rodeado por el mar.

La puerta se abrió de golpe, y una mujer con rizos castaños, mirada aguda y la postura de una reina entró en la habitación.

—¡Mamá!

Ada corrió hacia ella de forma instintiva. Pero, cuando se encontró con la fiera expresión de lady Byron, se detuvo y en vez de abrazarla hizo una reverencia.

—Buenos días, Ada —dijo lady Byron—. Buenos días, madame. ¿Cómo van las clases de Ada?

—Su francés y su italiano son excelentes, pero es perezosa en matemáticas y geografía. El soñar despierta perturba nuestras lecciones.

Ada gimió en voz baja. Nada hacía enfadar más a su madre que las fantasías.

—Ada, no dejaré que arruines tu educación con

tonterías e ilusiones. No habrá más geografía ni más historias antes de dormir hasta que te centres.

—Pero mamá...

—Basta —la regañó Annabella, quién después dirigió su furiosa mirada a la maestra—. Y usted, madame, mantenga las travesuras de Ada al mínimo. —Annabella salió de la habitación, dejando a Ada y a madame con rostros cabizbajos.

Esa noche, un extraño sonido apagado despertó a Ada de su sueño.

Se deslizó por el pasillo y se asomó por los barrotes de la barandilla para ver mejor. Abajo, su madre se cubría el rostro con las manos para esconder las lágrimas. El sonido de su llanto resonaba por la escalera hasta llegar al corazón de Ada. Dos sirvientes se apresuraron por el pasillo del piso de abajo y Ada se escabulló para esconderse.

—Lord Byron ha muerto.

—¡No!

—Sí.

—¿Debo despertar a la señorita Byron?

—No. Lady Byron dice que la niña no debe saberlo.

Ada se retiró a su cuarto. Cerró la puerta y subió a su cama, tirando de las mantas hasta la barbilla. Se quedó recostada ahí durante un rato, intentando decidir lo que sentía respecto a la muerte de su padre.

A la mañana siguiente, su madre no dijo nada durante el desayuno. Ada tampoco lo hizo, pero se aseguró de ser más amable con ella. Antes de acudir a sus lecciones, se puso de puntillas y plantó el beso más suave que pudo en la mejilla de su madre. Ada creyó ver que los ojos se le humedecían, pero Annabella le indicó con la mano que se retirara.

Oyó a madame llamándola para comenzar su primera lección del día, pero se encaminó en la dirección opuesta hacia el extremo más lejano de la casa. Ahí colgaba un retrato cubierto por una cortina de terciopelo verde. A Ada nunca se le había permitido mirar el retrato, ni había encontrado el coraje para desafiar a su madre. Pero aquel día era



diferente. Inspiró profundamente y retiró la cortina para ver el rostro de su padre por primera vez.

Los ojos de color azul claro de su padre eran justo como aquellos que le devolvían la mirada cuando se miraba en el espejo. Vestía una pesada túnica roja con bordados dorados y parecía escuchar a alguien hablando fuera del marco de la pintura.

La gente afirmaba que lord Byron era uno de los mejores poetas de Inglaterra, posiblemente del mundo. Pero no tenía aspecto de poeta, pensó Ada. Parecía más bien un aventurero, o el capitán de barco que siempre había imaginado que era. Ada inclinó la cabeza y dobló un brazo, imitando la pose del retrato con exactitud.

Ada entendió que su padre era especial. Sabía que había escrito ideas de las que la gente hablaría durante mucho tiempo. Bueno, pues si él era extraordinario, ella debía de serlo también. Satisfecha, dejó caer la cortina y se dirigió a la sala de estudio.